

de genio pronto y arrebatado, é inteligentísimo en el arte de la guerra, defendieron el proyecto del Virey con tanto calor y con tan poderosos argumentos, que decidió al cabo el consejo su ejecución (1).

CAPITULO XXV

Sin pérdida de tiempo combinó su plan el activo conde de Oñate. Circuló las órdenes necesarias con el mayor recato, y dió las instrucciones convenientes con la mayor reserva; y aprovechando el oportuno socorro llegado de España en una galera de Sicilia, de quinientos buenos soldados al mando del valeroso maestro de campo don Alonso de Monroy, decidió la jornada.

Reforzó el castillejo de Nisida, reconocidos los puestos militares de los rebeldes, y puesto de acuerdo con los *capas-negras*, y con los jefes populares ganados de un modo ó de otro, ántes de amanecer el memorable día 6 de abril de 1648 puso el determinado Virey sobre las armas todas las tropas disponibles, españolas, napolitanas y tudescas, que formaron una columna de poco más de tres mil hombres. El denodado don Juan de Austria fué de los primeros en acudir á caballo; y como el conde de Oñate le rogase que no saliera de aquella jornada, en que podía ser grande el riesgo y el éxito dudoso; le contestó resuelto y como verdadero príncipe, que porque lo consideraba así no dejaría de hallarse en ella; y de hacer lo que á su alto nombre convenia. Llegada la hora y dada la señal, marchó la fuerza hacia el puesto de San Sebastián; y de allí partiendo á un mismo tiempo las distintas divisiones que debían atacar simultáneamente los puestos populares, se dió glorioso principio á la reconquista de la ciudad.

El maestro de campo Caraffa, con ciento sesenta españoles y cincuenta napolitanos, tomó la puerta de Alba y los baluartes de la de Constantinopla, encontrando escasa resistencia, y fué á reunirse á la plaza del Almirante con don Diego de Portugal, que la había ocupado con trescientos españoles, para sostener al capitán Vargas, que entró en el alojamiento del duque de Guisa arrollando su guardia. El puesto de Sant-Anello fué acometido vigorosamente y tomado por el maestro de campo Genaro con cien españoles, cien walones y doscientos tudescos. El marqués de Torrecusa se encargó con un peloton de veteranos y de oficiales excedentes de atacar la Vicaría, como lo ejecutó con felicidad; y detrás de estas columnas, que á un mismo tiempo obraban, sostenidas por otras que las seguían de cerca, salió la caballería mandada por el general Tuttavilla, llevando á sus órdenes al marqués de Peñalva, á don Alonso de Monroy, al príncipe de Torrella y á otros nobles napolitanos; y ya se dividía para sostener los ataques, ya se reunía en las plazas, según convenia al plan propuesto, ó lo exigían las circunstancias. Mandaba la retaguardia el señor don Juan de Austria, cercado de una escolta de nobles napolitanos á las órdenes del duque de Andria, y llevaba consigo el tercio de Viedma y la caballería del país; dividiéndose ó reuniéndose esta fuerza oportunamente, según convenia al éxito de la operación, ó lo exigía el terreno; y detrás con la reserva marchó el Virey, conde de Oñate, con la caballería borghoña y algunos arcabuceros españoles escogidos. Acompañábanle los generales Guzman, Betteville y Visconti, con otras personas de importancia, y acudia con actividad é inteligencia á donde era menester.

Ni uno solo de los puntos embestidos pudo resistir el ímpetu de nuestras tropas; y dejando en los más importantes un piquete que los custodiase, sin perseguir á los fugitivos, ni ensangrentarse en los vencidos, volvieron á reunirse las fuerzas en tres columnas, para atravesar la ciudad, y caer á un tiempo sobre la plaza del Mercado y el barrio del Lavinaro; pues las turbas populares que habían sido desalojadas con tanta facilidad, se refugiaron en aquellos puntos, donde rehechas y engrosadas con todos los habitantes de ellos, se disponían á arrancar á los españoles la, hasta entonces, tan fácil y rápida victoria.

El cardenal Filomarino, que aunque había cooperado á las últimas negociaciones, lo había hecho con frialdad y corto empeño, sabiendo que el Virey y el príncipe estaban reconquistando tan fácilmente la ciudad al frente de un puñado de soldados, y que pasaban con sus columnas vencedoras cerca de su palacio, salió á pie y en ropa de casa á su encuentro, para felicitarlos y ofrecerles su cooperación. Acogiólo el conde con muestras de gran respeto y de atenta cordialidad; y disponiendo le trajesen al provisto sus vestiduras de ceremonia, y dándole un caballo dignamente enjaezado, que llevaba de respeto, lo puso al lado del príncipe, continuando la marcha hacia la plaza del Carmen (2).

A medida que se acercaba el rumor de las tropas vencedoras, se enfiaba el ardor de las aun respetables masas, que aunque en desorden y con la confusión propia del caso, podían haber hecho una obstinada defensa. Sólo Mateo Amore osó adelan-

tarse al encuentro de las columnas con unos cuantos valientes; pero pagó con la vida su temeridad. Lo mismo acaeció á Pedro Longobardo en el barrio del Puerto, donde opuso á las fuerzas españolas una obstinada resistencia. Estos últimos descalabros acabaron de desanimar al pueblo, y á media mañana las escasas tropas del Rey eran dueñas de toda la ciudad, sin más pérdida que la de diez hombres, tan corta fué la resistencia que encontraron; pues por todas partes, al grito de *viva el Rey, viva la abundancia, no más gabelas*, caían las armas de las manos de los rebeldes, y se poblaban las calles, balcones y azoteas de alegre gentío, que repetía agitando en el aire blancos pañuelos: *viva la paz, viva el Rey de España*.

Sólo quedaban ya en poder de la rebelión San Lorenzo, puerta Nolana y el torreón del Carmen. Envió el Virey dos destacamentos á apoderarse, como lo lograron sin dificultad, de los dos primeros puntos; y puso todo su conato en ocupar lo más pronto posible el tercero, que era el verdaderamente importante. Reunió las fuerzas todas, no dándole ya cuidado los barrios bajos; y encargó al príncipe don Juan que las llevase sin detenerse á la plaza del Mercado, mientras con algunos arcabuceros escogidos y caballos á la ligera, recorría y aseguraba las avenidas de las calles laterales, y se apoderaba de paso de algunos puestos de poca importancia, y cuerpos de guardia, que podían aún servir de puntos de reunión á los desesperados; y se llevó consigo al Cardenal arzobispo para asegurárselo, conferenciando con él sobre el modo de restablecer completamente la tranquilidad, después de añanzada la victoria.

Sin oposicion ni contratiempo alguno llegó el señor don Juan de Austria á la plaza del Carmen, donde pálido y temblando salió del convento y se arrojó á sus pies el nuevo electo del pueblo; el cual oyendo en los benignos labios del Príncipe las consoladoras palabras de *perdon y olvido de lo pasado*, se animó algún tanto, le besó la mano, y tomando un caballo lo siguió en silencio. Vinieron muy pronto el Virey y el Arzobispo; y extrañando que no se hubiese ya presentado Genaro Annese, y advirtiéndole que el torreón daba muestras de ponerse en defensa, enviaron un oficial de energía á enterarse con el maestro arcabucero. Este consternado le dijo, que pues se hallaba allí el cardenal Filomarino, deseaba tratar con su Eminencia. Díjole gusto, por evitar inútiles desgracias, y entró el Prelado sólo en el torreón, y no tardó en salir dejando convencido á aquel hombre soez, pero todavía temible, de que rendir y entregar la fortaleza inmediatamente era lo que le cumplía. Envió el Virey á don Carlos de la Gatta á posesionarse de ella, pero el pèrdido Annese con su granítica parda, mostrándose muy solícito en enterarle menudamente de las armas, viveres y municiones que estaban allí almacenadas, retardaba visiblemente la entrega, con lo que cansada la paciencia del Virey, que se había apoderado entre tanto del convento, mandó arrimar dos petardos á la puerta del torreón (3). Su estruendo y el efecto que produjeron aterraron á Genaro Annese, y salió pálido, trémulo, miserable á entregar las llaves de la fortaleza al Príncipe español. Acogiólo don Juan con benignidad, manifestó con el ademán y con las palabras que lo perdonaba, y como aquel villano aun continuase dando muestras de terror y de desconfianza, le gritó su Alteza con enfado: *Por vida del Rey, mi señor, álzese y no dude que está perdonado* (4). Don Carlos de la Gatta fué en el acto nombrado gobernador del torreón, y quedóse en él con dos compañías escogidas de españoles, y algunos artilleros alemanes.

Enarbolado el estandarte real en la ciudadela de la rebelión, la capital toda estaba en poder del Virey, cuya osada empresa había completamente coronado la fortuna. Sólo restaban dos cosas: asegurar completamente la victoria, y dar gracias al Todopoderoso. Para lo primero envió el conde de Oñate al general Tuttavilla y al valeroso don Alonso de Monroy, con fuerzas escogidas, á ocupar las alturas del Vómoro y las marinas de Chiaja, é impedir al duque de Guisa la vuelta á la ciudad. Para lo segundo don Juan, á la cabeza de las tropas vencedoras, se dirigió á la catedral. Contóse allí un solemne *Te Deum*, con gran concurrencia. En seguida dió el Príncipe un paseo triunfal por las calles principales, colgadas y adornadas ricamente, y puestos de trecho en trecho retratos del Rey, victoreados sin cesar por un inmenso gentío. El historiador de Santis, testigo de vista, refiere con estas palabras, que traducidas del italiano, tan inespèrada escena: «Era cosa increíble el ver cómo lloraban de ternura y de alegría, hombres, mujeres, jóvenes, viejos, ricos y pobres, y abrazarse amigos y enemigos, habitantes y forasteros, sin rencor de los pasados robos y recientes violencias... Parecía que no había más que una voluntad, la de gozar la paz tantos meses deseada.» El baron de Módena la refiere también casi en los mismos términos.

Entre los sonoros aplausos de la muchedumbre alborozada llegaron á palacio el Príncipe, el Virey

y el Cardenal, seguidos y acompañados de los generales y consejeros, de los señores napolitanos y jefes populares, que ó se habían rendido á tiempo, ó habían contribuido á la feliz pacificación. Las tropas se retiraron á los cuarteles y castillos, desbaratando antes las trincheras y empalizadas de los puestos populares. Gruesos retenes quedaron en los más importantes, y numerosas patrullas se deramaron por la ciudad, con órdenes terminantes de observar la más estrecha disciplina, y con pena de muerte para el soldado que molestase en lo más mínimo á los habitantes.

El estruendo de las salvas, el rumor de las aclamaciones populares y el rimbombe de las campanas, avisaron al Duque de que algún suceso de mucha importancia ocurría en la capital; y levantando el campo, trató de regresar á ella inmediatamente. A pocos pasos llegaron confusas nuevas de lo ocurrido, pero que no dejaban duda del completo triunfo de los españoles, y vióse el Duque francés en el momento abandonado por las fuerzas populares que acudillaba. Resolvió entonces, seguido de algunos caballeros, dirigirse á Aversa, para ponerse á la cabeza de las tropas que amagaban á Capua y hacer con ellas el último esfuerzo. Pero al anochecer llegó allí, ántes que él, la noticia exacta de lo ocurrido en Nápoles; y aquel ejército popular, ya muy indisciplinado y desobediente por la falta de pagas, se dispersó en cortos instantes. Informado de todo don Luis Podero, y temiendo la fuga del Duque al Estado romano, derramó su caballería por la frontera para cortarle el camino. El desgraciado Príncipe, perseguido y cercado por todas partes, y no sólo ya por sus enemigos sino también por sus propios soldados y por los villanos de la comarca, que pocas horas ántes lo victoreaban y obedecían, trató valerosamente de abrirse camino con la espada. Pero herido su caballo, y estrechado de cerca por el bizarro Visconti, teniente de uno de los escuadrones de don Diego de Córdoba, se entregó prisionero, y fué conducido á Capua con diez caballeros franceses, que como buenos no lo abandonaron. Recibiólo allí cortésmente el general Podero, píusole á buen recaudo y dió aviso al Virey. Dos días después fué conducido á Castelvolturno, y de allí al castillo de Gaeta, donde el severo conde de Oñate quiso cortarle públicamente la cabeza. Mas el señor don Juan se opuso, hasta recibir órdenes del Rey. Así se hizo, y á pocos meses vino la de que fuera el Príncipe prisionero á España, donde no tardó en recobrar su libertad (5).

Con gran rapidez se extendieron las noticias de lo ocurrido en la capital, y de la prision del duque de Guisa, por todas las provincias del reino. En todas ellas cesaron al punto los horrores de la guerra, y todas despacharon comisionados á Nápoles para someterse á la autoridad del Virey é implorar la clemencia del príncipe don Juan. Y aunque después de trastornos tan complicados como habían agitado aquel vigoroso país, era difícil restablecer pronto y de un golpe la calma y el reposo, la entereza del conde de Oñate, templada acaso por la benignidad de don Juan, y la prudencia, sagacidad y tacto de ambos, restablecieron el imperio de las leyes y el órden público, borrando pronto hasta las huellas y rencores de tan calamitoso período.

No cumple ya á nuestro propósito referir, que algunos días después, habiendo momentáneamente aparecido á la entrada del golfo la armada francesa, se descubrió una conjuración de poca importancia, que costó la cabeza al turbulento Genaro Annese. Ni como el activo conde de Oñate aseguró el estado de Nápoles, desalojando gallardamente á los franceses de la isla de Elba y de las costas de la Toscana. Ni tampoco que mucho tiempo más adelante, el atrevido duque de Guisa volvió, sin éxito, á dejarse ver en las playas de Castellamare. La sublevación napolitana, que nos propusimos referir, empezó el 15 de julio de 1647, y terminó, cansada de sus propios esfuerzos y vencida por la perseverancia española, el 6 de abril de 1648; corto período en que demostraron los napolitanos un valor fabuloso, y á veces una ferocidad inaudita; y los españoles una constancia heroica.

El primitivo objeto de aquel movimiento popular, esto es, el de la abolición de las gabelas, quedó conseguido; aunque á costa de un mar de sangre y de pérdidas incalculables, que hicieron, como siempre acontece en tales casos, mucho más doloroso y terrible el remedio que la enfermedad. El anhelo de emancipación y de independencia que nació en el curso de la conmoción, aunque noble y generoso, fué tan inoportunamente concebido, y por tan malos medios, y por tan impotentes manos encaminado, que no podía tener efecto. El cielo en sus inescrutables decretos tenia guardada la emancipación é independencia del reino de Nápoles un siglo después; y de un modo más tranquilo, legítimo y conveniente, que añanzara, bajo el cetro de un gran príncipe de la casa de Borbon, su grandeza, su gloria y su estabilidad. — *Nápoles, año 1847.*

(5) De Santis. — Comte de Modène. — M. Marie Tourge-Loredan. — Capeclatro, MS., y otros autores.

VIAJE AL VESUBIO

Desde mi llegada á Nápoles, el objeto que más me ha ocupado la imaginación ha sido el Vesubio; ese soberbio gigante, que se alza aislado y solo en medio de la llanura más hermosa y apacible del mundo; que domina el golfo más risueño del Mediterráneo; que se ve circundado á respetuosa distancia, por elevados montes cubiertos de población y de arboleda; y que mira á sus pies, más como tirano que como protector, una de las primeras y más ricas capitales de Europa, considerables y risueñas poblaciones y preciosas quintas, que duermen tranquilas sobre otras famosas ciudades y apacibles jardines, que ha devorado el volcan. Así los niños juegan, travesan, descansan y duermen entre los árboles y flores del cementerio, en que yacen sus abuelos, sin recordar siquiera sus nombres, y sin pensar que les aguarda el mismo destino.

Cuán gallardo se eleva el monte Vesubio, ofreciendo desde lejos al viajero atónito sus atrevidos contornos, que se destacan sobre un apacible cielo y que encierran la figura de un ancho cono casi regular, desde que se separa de la montaña de *Somma*, á quien está unido por la base, y con la que se cree que en tiempos remotísimos formaba un solo cerro.... Lo fértil y risueño de su falda, donde reina una perpetua primavera; la abundante y lozana vegetación de sus empinadas lomas; su elevada cima cubierta de escorias y cenizas, que se bañan por la tarde de un apacibilísimo color de púrpura; y el penacho de humo, ya blanquecino, ya negruzco, ya dorado por los rayos del sol, que corona su frente; forman un todo tan grande y tan magnífico, que visto una vez no se olvida jamás, porque nada puede borrarlo de la fantasía.

La subida al Vesubio debe hacerse de noche, para gozar mejor del efecto del fuego, y por admirar desde su elevada cumbre el amanecer, la salida del sol, y á la luz del nuevo día el magnificatísimo país que señorea. No quise pues dejar pasar la hermosa y apacible luna de julio, sin que me alumbrara en la penosa diversion de trepar á las cumbres del volcan, que estaba además encendido y amagando una pequeña erupción.

A las once de la noche del día 31 de julio, salimos de mi casa de Nápoles, en dos carretelas, las siete personas que formábamos la expedición: entre ellas la joven y linda condesa de Solafani, con su marido (españoles), el príncipe de Schwarzenberg, y el señor Yrizar, magistrado de Filipinas, que acababa de venir de allá por el istmo de Suez. La luna estaba en todo su esplendor, y rodaba por un cielo purísimo. No agitaba la atmósfera el más pequeño ambiente. El mar, tranquilo como una mansa laguna, dormía mudo en las blandas arenas de estas risueñas playas. Rápidamente recorrimos el camino de más de una legua que ya hasta *Ressina*, y que es una calle continua de palacios, verjas de jardines y elegantes edificios, que iluminados por la luna parecían la decoración de un teatro. Durante nuestro viaje, no separamos los ojos del coloso á cuyos hombros íbamos á trepar, y cuya espantosa boca íbamos á examinar de cerca. Su oscura masa se dibujaba clara y distintamente sobre el fondo del cielo estrellado, coronando su cima una columna de humo encendido. Parecía el inmenso casco empavonado de un Titan, sobre cuya cimera volaba un pequeño rojo.

Llegamos á *Ressina*, donde ya teníamos preparados guías, caballos, portantinas, hachas de viento y las provisiones necesarias para tan penosa expedición. Pero encontramos agitada la gente con la noticia de haber ladrones en la montaña. Y era cierto. Dos viajeros españoles habían retrocedido desde la ermita para esperar mi llegada y hacer la subida con más seguridad. Eran estos el señor don Lino Campos y el señor Basualdo, que vinieron inmediatamente á saludarnos, y nos refirieron que dos viajeros prusianos, que acompañados de un solo guía subían al cráter, acababan de encontrarse con cuatro facinerosos que les habían robado y mal herido á uno de ellos. No nos arredró este acontecimiento, porque éramos muchos y ya se había puesto en movimiento la gendarmería del territorio, para asegurar el monte, donde preciso es decirlo en honor de la verdad, ocurren muy rara vez casos semejantes.

Dejamos nuestras carretelas, montamos en los caballos acostumbrados al viaje, y formamos una caravana de catorce personas, con gran número de guías y el capataz de ellos, hombre muy práctico

Tomó II

en aquellos escabrosos lugares. A pesar de que la luna era clarísima, como teníamos que atravesar los callejones que forman las cercas de las huertas y jardines, y luego por entre espesas arboledas, se encendieron varias hachas de viento, á cuya roja luz presentaba una apariencia verdaderamente fantástica nuestra cabalgada, rodeada de aquellos hombres atléticos y medio desnudos, de rudo aspecto y de robustas formas.

Empezamos á subir lentamente por un camino pedregoso y desigual, y desembarazados de los tapiales y caserías, entramos en los bosques y viñedos que cubren y entapizan aquella falda; y notamos que el Vesubio, que desde lejos parece tan liso, unido y poco fragoso, tiene quebras asperísimas, profundos valles y espantosos despeñaderos; semejante á aquellas personas que parecen de léjos y en visita tan apacibles y mansas de condición y que luego en sus casas y tratados de cerca, se ve que son unos verdaderos tigres.

A la hora larga de viaje penoso, llegamos á la ermita, situada en una loma del monte, como á un tercio de su altura. Llámase ermita á un edificio muy capaz, con salón para viajeros, cocinas, caballerizas, tabernas y otras dependencias, y que aun le cuadraría más bien el nombre de *parador*; como le estaría mejor el de *mesonero* al ermitaño, que no tiene de tal sino el hábito. Es un hombre de más de sesenta años, que lleva más de veinte de estar en aquel, no yerno, sino tránsito continuo de extranjeros y nacionales de toda categoría, condición, edad y sexo; y conócesele á la legua que es hombre de mundo, y acostumbrado al trato de gentes. Apéámonos todos fatigados y hambrientos, y aunque es contra regla el tomar alimento ántes de la subida, porque con el estómago lleno se hace más fatigosa y hasta puede ser nociva, estábamos todos tales, que resolvimos de comun acuerdo cenar ante todo. Subimos pues al salón de la *ermita-posada*. Allí nos hicieron servir el repuesto, y devoramos un copulento *paté de faisans*, y varias sabrosas frutas, agotando, entre alegre conversacion, dos botellas de exquisito vino del Rhin, y otras dos de deliciosa manzanilla de Sanlúcar. Entre tanto el *ermitaño-posadero* nos presentó el libro en que suelen escribir sus nombres los viajeros, y no lo hicimos nosotros porque vimos en sus hojas mil necesidades, escritas en varios idiomas, y algunos extravagantes dibujos más de obscena mano que de mano maestra. Nos deteníamos allí más de lo regular, cuando nos puso en movimiento la áspera voz del capataz, diciéndonos que si queríamos llegar al cráter ántes del amanecer, no nos podíamos ya descuidar.

Volvimos á nuestras cabalgaduras, y en ellas aun anduvimos otros tres largos cuartos de hora, por tortuosas sendas y estrechos y difíciles desfiladeros, atravesando un terreno asperísimo, y donde á cada paso aparecía más mezzuina y raquítica la vegetación. En las gargantas del monte, á nuestra izquierda veíamos petrificado el espantoso torrente de lava que en la erupción de 1822 puso á *Ressina* muy cerca de correr la misma suerte que *Herculano*, sobre cuya tumba está fundada. Llegamos á una cresta que domina aquellos lugares, y que se llama el *arrio del caballo*, donde descuelna una rústica cruz de madera, limite que marca á los curiosos, que quieren reconocer el volcan en sus erupciones, hasta dónde pueden llegar sin peligro cuando corren las lavas por aquel lado. A poco trecho no quedaban ya ni aun señales de vegetación: pírdese y bórbase totalmente el camino; y el terreno es ya tan áspero y tan pendiente, que no pueden dar ni un paso más las caballerías, siendo por lo tanto preciso abandonarlas. Allí empieza lo fatigoso y lo terrible de la ascension. A la pálida luz de la luna y á la movible é incierta de las hachas de viento, se ve delante una interminable subida de unos sesenta grados de inclinación, y en algunos parajes casi perpendicular, cubierta y erizada de espesas y colosales escorias, de puntiagudas peñascos, de lava petrificada, de materias carbonizadas y de cenizas negruzcas; horror da el verse á los pies de aquel inmenso coloso que parece esconde su frente en la verificación del fuego y á cuyos hombros se va á subir. Verifícase esto de tres maneras; los muy ágiles y de largo resuello, trepan solos y como pueden por aquellas asperezas, donde no hay calzado que resista, dando continuos resbalones y caídas, y llegando arriba medio muertos.

Los que no se fían tanto de sus fuerzas ni de sus pulmones, se hacen preceder por un guía que lleva dos largas correas cruzadas sobre el pecho: se agarran fuertemente de ellas, y caminan como colgados en la mayor ansiedad, faltándoles muchas veces el terreno en que afirman los pies, y despechados de haber encadenado su albedrío y entregado su suerte á aquel hombre rudo y desconocido, que más ágil y fuerte que ellos se complace acaso en llevar á sus víctimas por lo más difícil y peligroso. Y en fin, los que por su desgracia se encuentran débiles ó enfermos ó con más años á cuesta de lo que quisieran, suben en *portantina*. Esta se reduce á una mala silleta de madera blanca, como las del Prado de Madrid, y las de las ventas y cocinas de Andalucía, con dos largos varales de castaño, sujetos y atados á un lado y á otro con tomizas. Las cuatro extremidades de estas dos rústicas palancas, se apoyan en los hombros de cuatro robustos jayanes, que, como á santo en andas, llevan al cutiado viajero en la mayor ansiedad con los pies colgando, y en el más inminente peligro. Lo empinado de la cuesta da una inclinación tan grande hacia atrás á la portantina, que es menester tenerse fuertemente asido á ella para no desocuparla; y trabajan los brazos y los puños todo lo que descansan las piernas y los pies. Como el terreno es tan desigual, á veces los portadores de un lado caminan por un sitio mucho más elevado que los del otro, y el desnivel de aquellas rústicas andas es tal, que parece imposible sostenerse en ellas. Muy á menudo, ó tropieza uno de los mozos, ó se le rueda el terreno, y resbala y cae, y da la *portantina* de repente tal sacudida, que parece va á precipitarse. Ya los cuatro conductores descienden rápidamente, resbalando quince ó veinte pasos, ya se encuentran todos sin apoyo alguno y quedan en un tic buscando el equilibrio, y bamboleano al infeliz viajero sobre aquellos hondos abismos. La subida en *portantina* es la peor de todas, aunque parezca la más descansada.

Apéas empezamos la nuestra, se cubrió el cielo de espesas nubes, robándonos la luz de la luna, que apareció al través de ellas como un cadáver amortajado; y envolviendo la alta cumbre á donde nos dirigíamos, dieron al fuego un color opaco y más espantoso. Los hachones de viento eran ya los solos que nos alumbraban en tan penoso paso; y el ver á su rojizo y ondulante resplandor que abultaba las sombras de la montaña, los rudos semblantes y toscos miembros de los guías y la larga hilera que formaba la caravana, trepando aquellos restos, y el oír los agudos gritos con que nos llamábamos unos á otros, y las maldiciones y renegos de los que tropezaban, y los alaridos y palabrazas con que nos animaban y se animaban á sí mismos los hombres de la montaña, y los jayanes de las *portantinas*, y la hora y el sitio á donde con tanta fatiga nos dirigíamos, formaban un todo satánico y aterrador, que no parecía escena de este mundo.

Al cabo de una larguísima hora, que se nos figuró un siglo, llegamos á la cumbre deshechos en sudor y rendidos. Tomamos aliento y nos pusimos nuestros gabanes y capas, porque el frío de aquella región era muy penetrante, y podía sernos muy perjudicial en el estado de cansancio y de transpiración en que nos encontrábamos. Caminamos aun unos doscientos pasos más sobre un terreno poco inclinado, llano y movelido, todo compuesto de ceniza y piedras pequeñas, y llegamos al borde del cráter.

¿Quién puede describir el grande, el magnífico, el aterrador espectáculo que se presentó á nuestra vista? Quedamos mudos, inmóviles, extasiados, confundidos... Todas las fatigas, todos los peligros de la subida se nos olvidaron, y los hubiéramos arrostrado cien veces gustosos por vernos allí, por gozar de aquel indescriptible prodigio.

En el cráter del Vesubio una conca circular de más de trescientas varas de diámetro, y de unas ciento de profundidad, y hace el efecto de una plaza de toros vista desde el tejado, cuando en su centro se quema de noche un árbol de pólvora. El fondo de esta conca es una costra que cubre el abismo, formada de lavas ya frías y petrificadas, ya escandecentes, y de inmensas masas de azufre. Las paredes de violento y desigual declive, son peñascos inmensos de lava, escorias, cenizas y materias carbonizadas. En medio de esta conca se

